

Homilía en el inicio del Año de la misericordia. 13-12-15.

En comunión con el Vicario de Cristo S. Santidad el Papa Francisco, damos inicio con esta solemne celebración al Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Unidos a la iglesia universal abrimos en esta catedral la Puerta Santa que es la puerta de la misericordia, a través de la cual cualquiera que entre podrá experimentar el amor de Dios que perdona, consuela y renueva la esperanza.

En palabras del Papa Francisco, el mundo de hoy necesita misericordia, necesita compasión. Estamos acostumbrados a las malas noticias, a las noticias crueles y a las mayores atrocidades que ofenden el nombre y la vida de Dios. Al mundo le hace falta descubrir que Dios es Padre que hay misericordia, que la condena no es el camino, porque la misma Iglesia a veces sigue una línea dura, cae en la tentación de subrayar solo las normas morales, pero mucha gente se queda fuera. Sentí que Jesús quiere abrir la puerta de su corazón, que el Padre quiere mostrar sus entrañas de misericordia y que por esto, nos envía al Espíritu Santo. Es el año del perdón, el año de la reconciliación. Todos necesitamos perdonar y ser perdonados. Es el año para descubrir la dimensión materna de Dios, en otras palabras para descubrir la ternura de Dios que nace de sus entrañas paternas. Dios es padre y madre. Descubrir esta ternura nos llevará a tener una actitud más tolerante, más paciente, más tierna. Francisco cree en la revolución de la ternura porque de ella se deriva la justicia y la concordia.

Dios es un Padre paciente y misericordioso.

La misericordia es la actitud de quien se compadece, se conmueve y se siente interpelado ante la indigencia y carencia habitualmente de la cercanía de alguien que lo dignifique y lo levante. Lo contrario de la misericordia es la frialdad, la indiferencia e incluso la dureza de corazón.

El amor de Dios hacia sus criaturas es siempre misericordioso. En el triste episodio del pecado original, en el que se mezclan el orgullo, la desobediencia y la desconfianza, aparece en forma manifiesta la actitud misericordiosa de Dios. El no abandona ni rechaza a los primeros padres, sino que los busca y se compadece de su soledad. Los busca y lo invita a reconocer su pecado. Los salmos, destacan en forma particular, la grandeza del proceder divino. “El perdona todas tus culpas, cura tus dolencias, rescata tu vida del sepulcro, y te corona de gracia y misericordia” (103,3-4). Solo Dios, en su amor infinito puede sanar las heridas que hieren el alma. Su ternura y su paciencia se derraman sin tiempo mientras espera el regreso del hijo que abandona la casa perdiéndose en el horizonte de la soledad y el desamparo. El regreso es la felicidad de un Padre que ama desde lo más profundo de su corazón.

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Si el amor es la naturaleza del Padre, también la criatura, imagen de Dios, está llamada a hacerse misericordia. Se trata de adquirir la perfección del Padre, como dirá San Mateo:

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. El ideal de santidad y de perfección al que Cristo llama a sus seguidores, se hace realidad en la misericordia entendida como fuente de felicidad histórica y escatológica, es decir, presente y futura. Jesús advierte que el juicio final recaerá sobre las obras de misericordia y de bondad que hayamos practicado con el prójimo. Entre ellas, dar de comer al que lo necesita, vestir al desnudo y acoger al extranjero, visitar a los enfermos y a los encarcelados. A estas obras de misericordia llamadas corporales, agregamos también las espirituales: Enseñar al que no sabe, aconsejar a los desorientados, dar buen consejo a quien lo necesita, corregir a los que se equivocan. La corrección debe ser fruto del Espíritu Santo, por consiguiente, humilde. Esta corrección es propia de los que tienen autoridad moral, familiar o espiritual. Obra de misericordia es también perdonar las injurias. Al parecer esta es una de las más difíciles de asumir. Consolar a los afligidos. Jesús dice: “Felices los que lloran porque ellos serán consolados” (Mt 5,5) Esta labor de consuelo no es exclusiva de Dios, sino que han de practicarla los creyentes, consolándose mutuamente. Sufrir con paciencia los defectos del prójimo, aceptando por lo tanto la fragilidad, reconociendo las limitaciones y defectos de los demás, sin querer imponer los propios criterios y finalmente, orar por los vivos y por los difuntos. La oración de los unos por los otros es una de las acciones básicas de la vida cristiana. En ella se expresa la solidaridad espiritual de los creyentes y de todos los hombres. San Gregorio Nacianceno exhortaba a sus fieles con estas hermosas enseñanzas:

“No echés de ti al pobre. No desprecies al peregrino por quien peregrinó Cristo de quien todos somos peregrinos y forasteros. Al necesitado, dale techo, vestido y comida. No ames la riqueza a no ser que socorras al pobre. Perdona, pues a ti, te han perdonado, practica la misericordia, ya que se ha practicado contigo” (Gregorio Nacianceno, Sermón 44,7)

La misericordia es un don que Dios regala al hombre y a su Iglesia.

La Iglesia, queridos hermanos, nuestra Iglesia no es solo una comunidad de los que profesan la misma fe, es también y sobre todo la comunidad de los que viven en comunión de bienes. Para los primeros cristianos, dar a los pobres no era solamente complacer a Dios, sino sobre todo dar a la comunidad, que resultaba favorecida por la aportación de todos en beneficio de los pobres y necesitados que no vivían afuera sino adentro de ella. En la Iglesia antigua, ayudar a los necesitados y socorrer a las viudas, a los huérfanos y a los pobres en general no era de ninguna manera una actividad esporádica y pasajera, sino que formaba parte del mismo ser y del mismo vivir de la comunidad eclesial. La compasión o padecer con es por lo tanto uno de los frutos de la caridad, o mejor aún, es el fruto más importante. Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos. La misericordia es un don divino, algo que el hombre no puede conseguir por sí mismo. Para Jesús, ser humano es saber reaccionar con compasión ante el sufrimiento ajeno. Si entendemos bien la parábola del Buen Samaritano, comprendemos que este es para Jesús el único humano verdadero, porque es el único que actúa movido por la misericordia. En la parábola quedan deshumanizados el sacerdote y el levita, porque siguen su camino, vienen de la liturgia del templo, sin importarles el sufrimiento humano. No están movidos por la compasión. Al final, lo que tengo que hacer en la vida es vivir con los ojos muy abiertos, como el Buen Samaritano, dejándome conmover por el sufrimiento de los que están cansados y que sueñan con gozar de la dignidad de los hijos de Dios.

Indulgencia plenaria en el Jubileo extraordinario de la misericordia.

La doctrina sobre el sacramento de la reconciliación o confesión, nos señala que el perdón de los pecados es una gracia que Dios nos regala en Cristo su Hijo muerto y resucitado. La Iglesia, por mandato y en nombre de Cristo a través del sacerdote nos absuelve de los pecados cometidos. El camino para celebrar el sacramento de la confesión comienza con un examen de conciencia que nos lleve al verdadero arrepentimiento de todos los pecados cometidos y la petición de la misericordia de Dios para no volver sobre lo mismo. Cuando el sacerdote nos absuelve en nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo nos recomienda hacer una obra de misericordia o rezar algunas oraciones como reparación por el daño causado. Con el perdón o absolución, Dios sana desde la raíz la herida que nos hemos causado o que le hemos causado a otro, sin embargo es bueno seguir medicinándose con la oración cotidiana y con todos aquellos gestos, actitudes y acciones en bien del prójimo.

La indulgencia jubilar se recibe de la misma manera agregando las indicaciones que el Papa Francisco nos recuerda en su carta titulada “el rostro de la misericordia”.

“Deseo, dice el Santo Padre, que la indulgencia jubilar llegue a cada uno como genuina experiencia de la misericordia de Dios, la cual va al encuentro de todos con el rostro del Padre que acoge y perdona., olvidando completamente el pecado cometido. Para vivir y obtener la indulgencia jubilar los fieles estamos invitados a realizar una breve peregrinación hacia la Puerta Santa, abierta en cada catedral o en las iglesias establecidas por el obispo diocesano... como signo del deseo profundo de auténtica conversión. Igualmente dispongo que se pueda ganar la indulgencia en los santuarios donde se abra la Puerta de la Misericordia. Es importante que este momento esté unido al sacramento de la reconciliación y a la celebración de la eucaristía con una reflexión sobre la misericordia. Será necesario acompañar estas celebraciones con la profesión de fe y con la oración por mí y por las intenciones que llevo en mi corazón. Por el bien de la iglesia y de todo el mundo.”

La palabra indulgencia significa la remisión que hace la Iglesia de las penas a causa de los pecados. La Indulgencia plenaria es la que redime una pena en su totalidad.

Les señalé que cuando el sacerdote absuelve de todos los pecados, nos pone una pena o nos recomienda asumir un camino de purificación por la herida o el dolor causado. En este año santo o jubilar, quienes, arrepentidos de todos su pecados se confiesan siguiendo las indicaciones señaladas, al pasar por la puerta santa reciben no solo el perdón sino la liberación de toda culpa. En otras palabras, el cristiano perdonado en este año santo comienza una vida nueva, un renacer en el Espíritu para recomenzar el camino que conduce a la santidad, hacia la plena comunión con Dios y con el prójimo.

Que la llena de gracia, la madre de la misericordia interceda por este Pueblo de Dios que peregrina al encuentro definitivo con la Santísima Trinidad. Que nos ayude especialmente en este año santo a acoger el amor de Jesucristo, siempre redentor y lleno de compasión. María, Madre de la Iglesia y refugio de los pecadores ruega por nosotros.

